

80

ASOCIACIÓN BÍBLICA ESPAÑOLA



Miren Junkal Guevara

Aproximación a la historia de los orígenes de Israel

Notas de la presentación
de un estado de la cuestión

monografías bíblicas

verbo divino

Miren Junkal Guevara Llaguno

APROXIMACIÓN
A LA HISTORIA DE LOS
ORÍGENES DE ISRAEL

Notas de la presentación
de un estado de la cuestión

evd

Contenido

Prólogo

Introducción

Capítulo 1. El período del Bronce en el Levante

1. El escenario Bronce en el Levante

- 1.1. El Neolítico en el Oriente Próximo (ca. 12 500-3000), un tiempo precursor
- 1.2. Características generales del Bronce en el Levante
- 1.3. La economía del Levante a lo largo del Bronce
- 1.4. Las estructuras políticas del Levante durante el Bronce

2. El período del Bronce en Canaán

- 2.1. Los marcadores topográficos del territorio de Canaán
- 2.2. Los cananeos durante el Bronce
- 2.3. Los elementos de la cultura material cananea
- 2.4. Las cosmovisiones del mundo cananeo

3. El panorama del Bronce en la Biblia

4. Conclusiones

Capítulo 2. El colapso en la transición entre el Bronce y el Hierro

1. La catástrofe y el colapso del siglo XII

- 1.1. Las causas que pueden explicar la catástrofe
- 1.2. El colapso del Bronce en la Biblia

Capítulo 3. El escenario del Hierro

1. El nuevo mundo que surge del colapso: la Edad de Hierro

2. Las nuevas entidades políticas del Hierro en el Levante

- 2.1. Los filisteos
- 2.2. Los fenicios
- 2.3. Los reinos de la Transjordania
- 2.4. Los arameos

Capítulo 4. El período del Hierro en Canaán

PARTE I EL HIERRO I. LOS NUEVOS ASENTAMIENTOS EN LAS TIERRAS ALTAS

1. La aparición de «Israel» en las tierras altas

- 1.1. El mapa y el perfil de los asentamientos en las tierras altas
- 1.2. El estudio de los restos materiales
- 1.3. La construcción de la identidad
- 1.4. La cuestión del origen del culto a Yahvé

2. La Biblia y el origen de Israel

PARTE II EL DESARROLLO DE ISRAEL A LO LARGO DEL HIERRO II (1000-586 a. C.)

1. El período del Hierro IIa (ca. 1000-925)

2. El período del Hierro IIb (ca. 925-720 a. C.)

- 2.1. La expansión de Asiria por el Levante
- 2.2. El período neoasirio en la Biblia

3. Las trazas de la transformación política de las entidades israelitas

- 3.1. El territorio del reino de Judá. La arqueología de Jerusalén, la capital del reino de Judá
- 3.2. Otras fuentes de información
- 3.3. El territorio del reino de Israel. La arqueología de las ciudades-capital del Norte

Conclusiones

Bibliografía

Créditos

Prólogo

En 1988 el profesor José Luis Sicre tituló un estudio sobre las hipótesis en torno al origen de Israel «enigma histórico»¹. El trabajo que aquí presentamos podría titularse exactamente igual si tenemos en cuenta que la RAE define *enigma* como «realidad, suceso o comportamiento que no se alcanzan a comprender o que difícilmente pueden entenderse o interpretarse». Efectivamente, han pasado más de veinte años y sobre la mesa de cualquier estudioso de la cuestión se posan innumerables debates y discusiones. Y no solo eso: descansan los esfuerzos de muchos académicos que desde finales de la década de 1980 tratan de aportar luz a la cuestión desde su especialidad.

Y, así, nosotros titulamos este ejercicio en el que nuevamente se aborda la cuestión «Aproximación a la historia de los orígenes de Israel» y, al hacerlo, somos conscientes no solo de la dificultad que la cuestión entraña, sino de que utilizamos términos por los que la ambigüedad se desliza muy sutilmente en distintos momentos.

Decimos «aproximación» porque, por un lado, intentamos acercarnos a las distintas hipótesis pues son pocas las certezas de las que disponemos en torno al momento y el lugar concreto en el que podemos hablar ya de la existencia de una entidad política llamada «Israel». Por otro, lo hacemos con una serie de datos disponibles, no con todos. Es decir, nuestra fuente de información principal son las conclusiones y teorías que los arqueólogos e historiadores han ido elaborando en los últimos 25-30 años gracias al magnífico desarrollo que ha experimentado la arqueología en el territorio de Israel. Pero, dado el volumen de excavaciones, hemos tenido que acotar la información ciñéndonos, prácticamente, a los estudios sobre el terreno de las que, según el relato bíblico, fueron ciudades-capital de las entidades políticas israelitas: Jerusalén, para el Reino del Sur; Siquem, Tirsá y Samaria para el del Norte.

Además, esta «aproximación» nos obliga también a tener en cuenta el escenario histórico y geográfico en el que ese «origen» se fragua: el mundo del Bronce reciente en el Levante, un tiempo rico en avances culturales; complejo en cuanto a las relaciones sociopolíticas entre los distintos actores del período; extenso desde el punto de vista geográfico y apasionante por lo que supuso para la historia de Oriente y Occidente, por cuanto Canaán, el escenario en el que surge Israel, constituye una suerte de llave o puerta de comunicación entre esos dos mundos.

Por otra parte, nuestro estudio se aproxima al estudio de la «historia» del origen de Israel y, en el ámbito de los estudios del origen de Israel, el término resulta conflictivo.

Tratando de delimitar el concepto y, siguiendo las posiciones de algunos de los autores más reputados, queremos intentar una reconstrucción del pasado (acontecimientos, cambios...) que se produce en un tiempo, en este caso, el primero, el original; en una determinada área geográfica, la Palestina del período de transición entre el Bronce reciente y el Hierro I, que marca el «pistoletazo de salida», y todo ello en el marco de la comprensión de la historia como una «*longue durée*» (F. Braudel)².

Procedemos a esa reconstrucción partiendo de la consulta de múltiples fuentes, e intentando un ejercicio de memoria que busca explicar, iluminar y, probablemente, justificar, no solo el dato bíblico, sino su significación teológica en el ayer y el hoy.

Por último, abordamos los orígenes de «Israel» y, cuando decimos «Israel», queremos ceñir nuestra atención en una entidad política, de estructura más o menos compleja, que se identifica con ese nombre, pero que también es reconocida por otros con esa denominación.

Conocemos que existe un Israel *bíblico*, el protagonista del relato de la Biblia; hay un Israel histórico, una colectividad que emerge y se da a sí misma la estructura de estado-nación a lo largo del Hierro; hay un Israel *antiguo*, que, a decir de Davies, es un constructo que trata de amalgamar los dos anteriores³.

Sabemos hoy que el término necesita ser abordado en una perspectiva dinámica, es decir, a través del tiempo: a quién identifica el

nombre cuando, como veremos, aparece en la estela del faraón Merneptah de Egipto; a quién cuando se erige en protagonista de los distintos libros bíblicos; a quién cuando lo encontramos en las inscripciones del período asirio.

La cuestión de la continuidad y discontinuidad en la referencia histórica, étnica y religiosa del término «Israel» debe tomarse seriamente en cuenta, a partir de las formulaciones que hemos realizado más arriba. Difícilmente pueda mantenerse una relación de continuidad homogénea y autoconsciente, desde la mención de la estela de Merneptah hasta la revuelta de Bar Kojba, de Israel como unidad etno-religiosa, sin caer en una lectura acrítica o apologética del Antiguo Testamento y que responde a una comprensión de Israel en el Levante de acuerdo primariamente con el esquema narrativo bíblico⁴.

En definitiva, esta aproximación nuestra trata de aportar algún elemento más que ayude a descifrar el enigma y posibilite a los lectores recibir algo más de claridad en la reconstrucción del momento (no puntual sino dinámico) en el que, en el escenario de la historia de la antigua Siropalestina, surge una entidad política (en la polis; en lo público) con unos marcadores diferenciales que se llama «Israel».

No trabajamos en una «historia bíblica», porque eso, como hace notar D. V. Edelman⁵, sería un intento de escribir la historia de la composición de los libros de la Biblia. Tampoco quisiera ser una «historiografía bíblica» porque no vamos a exponer las interconexiones entre el dato histórico y su relato bíblico, aunque, después del abordaje de los datos provenientes de la historia y la arqueología, sintetizaremos la lectura que la Biblia hace de ellos.

Así, queremos presentar el estado actual de las hipótesis en torno a la cuestión de los orígenes históricos de esa entidad pública/política llamada Israel.

Quisiéramos huir de lo que en el trabajo de Kaiser y Wegner se llaman «algunas falacias modernas»⁶:

- que un relato histórico no pueda aceptar el dato que proviene de la afirmación de la intervención de lo divino; del milagro... Porque eso supondría despreciar, por ejemplo, tanta epigrafía apologética egipcia, asiria etc.;

- que un relato histórico no pueda incluir una afirmación que no pueda ser probada con un documento externo, porque todavía no los poseemos todos; porque existe una dificultad tremenda para excavar el Oriente Próximo... ¿No deberíamos recordar que buena parte de los restos arqueológicos que fundamentan la mayor parte de nuestras afirmaciones relativas a la historia de Israel ha sido descubierta o descifrada después de los años 50 del siglo pasado?;
- que la historia no pueda incluir narraciones sobre individuos concretos, sino sobre colectividades (pueblos, naciones, estados...); como si la historia de las familias o las tribus no tuviera nada que decirnos sobre el marco histórico-social en el que se desenvolvían;
- por último, que la historia deba focalizarse casi de modo exclusivo en los factores sociales que inciden y producen los cambios históricos.

Quisiéramos trabajar teniendo en cuenta que, como hacen notar muchos autores⁷, posiblemente, una historia del origen de Israel en el sentido «científico» del término difícilmente puede escribirse en nuestros días:

- Los orígenes de las civilizaciones que tenemos que estudiar se producen en contextos difícilmente documentables.
- Nuestra historia, además, se centra en un grupo absolutamente marginal en el concierto de la historia del Oriente Próximo antiguo.
- La fuente documental principal de ese grupo, la Biblia, es una historia *interpretada*.
- Resulta muy complicado combinar la interpretación del registro arqueológico en orden a la detección de etnicidades antiguas⁸.

Quisiéramos huir de la tiranía del consenso⁹; es decir, de la necesidad de sujetarnos a lo que, en este momento, dicen la mayoría de los autores, sabiendo que toda afirmación sobre la historia de los orígenes se hace «con temor y temblor».

Por último, quisiéramos recordar que, como dice E. A. Kauf, no podemos conocer el pasado porque ya se fue; examinamos sus ruinas y, en cierta manera, creamos ese pasado, narrándolo¹⁰.

¹ José Luis Sicre, «Los orígenes de Israel. Cinco respuestas a un enigma histórico», *Estudios Bíblicos* 46 (1988) 421-455.

² «History emerging from the data of modern settlement archaeology normally reflects the *longue durée* and only exceptionally might archaeology contribute to understanding of events», cf. Meindert Dijkstra, «Origins Of Israel Between History And Ideology», en *Between Evidence and Ideology: Essays on the History of Ancient Israel Read at the Joint Meeting of the Society for Old Testament Study and the Oud Testamentisch Werkgezelschap Lincoln, July 2009*, ed. por Bob E. J. H. Becking y Lester Grabbe (Leiden: Brill, 2010), 41.

³ Philip R. Davies, *In search of «Ancient Israel»*, Journal for the Study of the Old Testament. Supplement Series 148 (Sheffield: Sheffield Academic Press, 1992), 11.

⁴ Emanuel Pfoh, «¿Cuándo comienza la historia de Israel en la antigua Palestina?», *Historiae* 12 (2015) 9.

⁵ Diana Vikander Edelman, ed., *The Fabric of history: text, artifact, and Israel's past* (Journal for the study of the Old Testament 127; (Sheffield: JSOT Press, 1991), 13.

⁶ Walter C. Kaiser y Paul D. Wegner, *A History of Israel: From the Bronze Age through the Jewish Wars* (Nashville: B&H Academic, 2017), 13-18.

⁷ Frederic Raurell, «The notion of history in the Hebrew Bible», en *Deuterocanonical and Cognate Literature Yearbook*, ed. por Ja Liesen y Núria Caldach-Benages (vol. 2006; Berlin: De Gruyter, 2006), 3. <https://doi.org/10.1515/9783110186604.1>.

⁸ Emanuel Pfoh, «De la articulación sociopolítica en Palestina durante la Edad del Hierro (ca. 1200-600 a. C.)», en *Clientelismo, parentesco y cultura jurisdiccional en las sociedades precapitalistas*, ed. por Eleanora Dell'Elicine, Héctor R. Francisco y Paola Miceli (Los Polvorines: UNGS, 2014), 20.

⁹ Lester L. Grabbe, «The Case of the Corrupting Consensus», en *Between Evidence and Ideology: Essays on the History of Ancient Israel Read at the Joint Meeting of the Society for Old Testament Study and the Oud Testamentisch Werkgezelschap Lincoln, July 2009*, ed. por Bob E. J. H. Becking y Lester Grabbe (Leiden: Brill, 2010), 82-92.

¹⁰ Ernst Axel Knauf, «From History to Interpretation», en *The Fabric of History: Text, Artifact and Israel's Past*, ed. por Diana Vikander Edelman (Sheffield: JSOT Press, 1991), 26-64.

Introducción

El origen de Israel, su asentamiento en las tierras altas de Canaán en la transición entre el Bronce reciente y el Hierro I, constituye uno de los capítulos más estimulantes y controvertidos de toda la historia de Israel.

Hasta la Ilustración, la aceptación más o menos pacífica de la historicidad del relato bíblico permitió la redacción de una historiografía bíblica que no cuestionaba la verdad histórica de las tradiciones bíblicas en torno al origen de Israel y que eran, básicamente, tres: el ciclo patriarcal; el ciclo de la opresión en Egipto y el Éxodo; y el ciclo de la conquista de la tierra.

Pero cuando el pensamiento europeo concedió a la razón la posibilidad de poner en tela de juicio esa certeza, y cuando las distintas circunstancias de la vida humana comenzaron a interpretarse en términos históricos, la Biblia empezó a someterse al escrutinio de la razón buscando desvelar el valor histórico de sus relatos.

Por otra parte, desde el s. XIX la arqueología fue tomando protagonismo en la investigación de la historia antigua como consecuencia de las primeras excavaciones y estudios sistemáticos de las ruinas de la antigua Mesopotamia por parte de las expediciones científicas francesas, inglesas y alemanas.

Podemos entender, pues, que comenzaran así, fundamentalmente en el ámbito europeo (Kuenen, Wellhausen, Noth...) ya a finales del s. XIX y, ciertamente, en la primera mitad del s. XX los estudios histórico-críticos del Antiguo Testamento. Estos estudios se vieron influenciados, además, por las reflexiones de la escuela francesa de los *Annales*, más interesada en el estudio de los procesos y estructuras sociales que explican el desarrollo de la historia de los pueblos a lo largo del tiempo, que en los

acontecimientos políticos puntuales y los individuos concretos protagonista de los mismos¹.

Así, los estudiosos de la Biblia en el mundo de la investigación europea se disponen a comprender la historia bíblica y la creación de los textos a partir de principios historiográficos bíblicos, pasando a considerar la narrativa bíblica en la perspectiva de la literatura mítica, es decir, en el marco de unas narraciones que tratan de explicar el sentido de la realidad y no la realidad misma, y buscan enmarcar la historia de Israel en un escenario más amplio, el de la historia de Palestina en la Antigüedad y, además, en el marco del desarrollo histórico general de la región de Siropalestina.

De esta manera, los autores comienzan a priorizar el recurso a fuentes históricas como la arqueología, la epigrafía de fuentes extrabíblicas o la iconografía sobre el texto bíblico, abriéndose un debate —que dura hasta nuestros días— en torno al papel que debe jugar la Biblia en la composición de una historia de los orígenes de Israel².

Este nuevo enfoque de los estudios del texto y de la historia del Israel bíblico, sin duda controvertido, fue recibido de diferente manera en el ámbito norteamericano-israelí y el europeo.

En Estados Unidos, los investigadores del mundo bíblico se mostraron menos interesados inicialmente en el estudio de los textos y, sin embargo, lideraron toda una corriente en la que destacó J. W. Albright, en cierta manera fundador de la disciplina «Arqueología bíblica», que tratará de abordar el trasfondo histórico del texto bíblico con carácter científico, intentado, fundamentalmente a través de la arqueología, la confirmación del valor histórico de los relatos en torno al origen de Israel.

Los estudiosos continentales, por el contrario, se centraron inicialmente más en el estudio crítico de los textos bíblicos que les llevó a preguntarse por el trasfondo histórico en el que surgieron, notando así su carácter netamente literario y destacando su condición de textos religiosos y, como tales, más interesados en la explicación del sentido teológico de la historia que en el trasfondo histórico como tal.

Teniendo en cuenta este marco, podemos entender que a lo largo del s. xx se haya producido un fecundísimo trabajo no solo en el ámbito de los estudios críticos de la Biblia, sino en el de la historia de Israel, con una marcada diferencia entre el ámbito americano-israelí y el europeo.

No solo eso, la fundación del estado de Israel generará a partir de la década de 1950 una especie de arqueología «nacionalista»³, una arqueología que, en alguna manera, pretende contribuir a la creación de una identidad nacional y cuyos resultados van a ser tenidos en cuenta por los investigadores de ambos escenarios.

Podemos entender así que, aceptando unos y otros la importancia de la historia en estudio de la Biblia, surgieran dos grandes paradigmas de trabajo sobre el trasfondo histórico de los relatos bíblicos cuya diferencia fundamental radica en el valor dado al texto bíblico como fuente para la elaboración de una historia académica de Israel.

Si en la década de 1970 algunos autores se habían preguntado sobre los relatos patriarcales, en la de 1980 será el gran relato de la liberación, el Éxodo en busca de la tierra prometida y, especialmente, la conquista de la misma, el que verá cuestionada su historicidad. Seguirán después las preguntas sobre la historia de la monarquía de David y Salomón, hasta el punto de que en la década de 1990 muchos afirmarán que no es seguro referirse a la historicidad de estos monarcas y su reinado en el marco del Levante durante el Hierro II.

De esta manera, desde la década de 1990 puede hablarse de una polarización de posturas entre los estudiosos de la cuestión.

En el mundo sajón, fundamentalmente, se desarrolla un movimiento (escuelas de Copenhague y Sheffield) que ha venido en llamarse «minimalista» y que, racionalizando en términos históricos buena parte de la narrativa histórica, renuncia al uso de la narrativa bíblica como herramienta del trabajo de la elaboración de una historia de Israel y llega incluso a negar la veracidad histórica de los antiguos israelitas y de su religión tal como aparecen descrita en el Antiguo Testamento. En el mundo norteamericano e israelí, por el contrario, puede hablarse no de una escuela, pero sí de unas posiciones de cuño «maximalista» que se niegan a renunciar a la condición de testimonio histórico del relato

bíblico y que creen que es posible escribir una historia *bíblica* de Israel que comience con los relatos patriarcales.

Así, a finales del siglo pasado algunos autores llevaron a preguntarse: ¿es posible escribir una historia de Israel? (L. L. Grabbe); ¿cuándo comienza esa historia?; ¿cuáles son sus fuentes?; ¿a qué nos referimos cuando decimos «Israel»: *antiguo*; *histórico*; *bíblico*...? (P. R. Davies); ¿podemos identificar algunos marcadores «étnicos» propios y distintos de este grupo? (I. Finkelstein).

Por esta razón, teniendo en cuenta la pobreza de las fuentes externas a la literatura bíblica y la complejidad que la datación misma de los relatos bíblicos plantea, no es extraño que en la primera década del s. XXI encontremos algunos autores que intentan acercar e integrar ambas posturas y, sin descuidar algunos de los principios metodológicos del minimalismo, confía en la posibilidad de encontrar trazas de historicidad en los relatos narrativos del Antiguo Testamento.

Nosotros trataremos de situarnos en esta postura integradora, poniendo de manifiesto el dato histórico (Israel *histórico*) proporcionado por la arqueología, la iconografía y la epigrafía extrabíblica, pero notando su relectura en los textos bíblicos, de modo que podamos apreciar ese trasfondo histórico que constituye su trama.

Desarrollaremos nuestro trabajo en cuatro momentos. El primero explorará el período del Bronce en el Levante porque, como veremos, la primera noticia sobre la existencia de un grupo llamado «Israel» que conservamos hasta el día de hoy, está datada en el s. XIII a. C. Examinaremos la cultura, la economía, y las estructuras políticas en el plano internacional y regional del Bronce, y nos detendremos en el concreto territorio de Canaán. El capítulo segundo investigará el colapso del mundo del Bronce y la crisis internacional que trajo consigo la desaparición de ese mundo y la emergencia de otro, el período del Hierro. El tercero presentará una panorámica del escenario del Hierro en el territorio del Levante, deteniéndose tanto en el estudio de sus rasgos fundamentales como en el examen de las nuevas entidades políticas que emergieron, y esto porque es durante el Hierro que ese grupo conocido ya en el s. XIII a. C. como «Israel» evoluciona hasta formar unas entidades políticas capaces de intervenir en la historia del

período. Por último, un cuarto capítulo focaliza la mirada en el estudio de las dos entidades políticas israelitas que la Biblia llama «reino de Israel y de Judá». Tratamos de averiguar, siguiendo los datos proporcionados por las excavaciones arqueológicas en sus capitales (aunque no solo), en qué momento podemos hablar con seguridad de la existencia histórica de Israel. Nuestro estudio comienza en los albores del Bronce y se detiene a finales del s. VIII a. C. cuando la desaparición del Reino del Norte propició el desarrollo de Judá y Jerusalén. Es en este momento cuando podemos hablar ya sin discusión de la existencia de Israel, un colectivo con una identidad suficientemente clara y definida, así reconocida también por otros, aunque se plasmara de hecho en dos entidades políticas diferentes. Trataremos de cerrar el trabajo con unas conclusiones que sinteticen las líneas fundamentales de nuestra investigación.

Algunos problemas previos

Antes de comenzar nuestro estudio, conviene tener en cuenta que el abordaje del estudio del origen de Israel se desenvuelve, desde la fundación del Estado en 1948, entre tensiones propias del ámbito político sobre las que conviene detenerse.

Efectivamente, la proclamación del Estado de Israel por parte del Consejo de Estado provisional el 14 de mayo de 1948 y mediante el solemne discurso de David Ben-Gurión, estaba tejida de potentes convicciones de carácter nacionalista en torno al origen del pueblo y la vinculación de este con la tierra.

Así, el líder del nuevo Estado afirmaba:

La tierra de Israel fue la cuna del pueblo judío. Aquí se formó su identidad política, religiosa y espiritual. Aquí alcanzó por primera vez la soberanía nacional, creó valores culturales de relevancia nacional y universal, y le dio al mundo el eterno Libro de los Libros. Tras haberse visto obligado a exiliarse de su tierra, el pueblo conservó la fe a lo largo de su diáspora y nunca dejó de rezar ni de albergar esperanzas de regresar y restablecer su libertad política.

De esta manera, Ben-Gurión recuperaba ante los judíos de la Palestina y el mundo una apropiación simbólica del territorio que, en realidad, estaba ya presente en el corazón de los relatos patriarcales (Gn 12,1-2); se fortalecía en la epopeya del Éxodo (Ex 6,4) y se consolidaba en la propia revelación de Yahvé como Dios de Israel bajado para salvarlos del poder de los egipcios, sacarlos de Egipto y llevarlos a una tierra grande y buena, donde la leche y la miel corren como el agua (Ex 3,8).

Por esta razón, no resulta muy difícil comprender el estrecho vínculo que existe entre la existencia del Estado, la propiedad de la tierra y la identidad del pueblo judío. De tal forma que los hilos que trenzan el sentimiento nacional judío, forjado como todos, en el s. XIX y expresado en el sionismo (aunque ya los hemos visto en la Biblia), constituyen los pilares fundamentales de nuestra investigación.

Efectivamente, la legitimación de un Estado tan reciente como Israel; el hecho de que sus primeros moradores aparecieran en el territorio en la segunda mitad del s. XIX reclamando derechos ancestrales; el conflicto bélico sobrevenido y la posición estratégica del territorio en el conjunto del escenario mundial, ha llevado a lo que algunos han calificado como «la invención del pueblo judío» (Shelomo Sand). Esta invención ha necesitado de una recuperación de mitos antiguos, geografías imaginadas y pulsiones identitarias a las que no ha podido escapar el estudio del origen de Israel. Este estudio, que se expresa en categorías propias del pensamiento moderno y que, como hemos visto, despierta a finales del s. XVIII, toma impulso cuando la arqueología se erige como ciencia auxiliar de la historia capaz de sacar a la luz los vestigios materiales del pasado que pueden mostrar los perfiles diferenciales de su cultura.

Y, así, el investigador necesita estar atento a cualquier reconstrucción del pasado de Israel en el que las fibras del nacionalismo tan propensas a excitar la emoción (sentimiento de pertenencia; amor a los orígenes, a la tierra natal, a la lengua materna...) tensen un discurso basado en el hecho diferencial, bien natural (raza, sangre, linaje común...), bien cultural (lengua, historia, religión, costumbres...).

De manera muy singular, el estudioso tiene que combatir en el s. XXI la falacia de una supuesta condición neutral de la arqueología, que juega a presentarse cual arcadia científica porque, como ha hecho notar E. Pfoh:

La actividad arqueológica y los argumentos históricos fueron considerados, tanto por los especialistas científicos (arqueólogos, historiadores, geógrafos) como por el público en general en Occidente y la población judía de origen europeo en Israel, el criterio de científicidad que garantizaba una legitimación para sostener diversos reclamos políticos en torno a la ocupación de un territorio, de determinados sitios religiosos, etcétera.

Así que, ya desde ahora, advertimos de que nuestro trabajo trata de caminar sobre una suerte de «campo de minas» que hay que atravesar necesariamente para conocer mejor el trasfondo histórico en el que se tejió la historia de la salvación y que, en cuanto tal, exige de fino y delicado tratamiento, y promete pocas certezas.

En primer lugar, resulta muy difícil identificar el momento en el que cristaliza la identidad de un grupo, mucho más difícil si ese fenómeno se produce en un tiempo tan lejano a nosotros en el tiempo como el período del Hierro, y eso porque dicha cristalización no es un evento único en la historia del pueblo o un momento concreto. Más bien, la formación de una identidad es un proceso bastante largo y complejo y bien marcado por circunstancias y ciclos socio-económicos, demográficos y culturales que se alargan mucho en el tiempo.

Por otra parte, los marcadores «étnicos», esos «hechos diferenciales» a los que nos hemos referido, constituyen un elemento más que discutible; primero, porque no puede demostrarse que se revelen al mismo tiempo que la aparición de los grupos, y, además, porque no pueden reconocerse fácilmente como marcadores propios y exclusivos de dichos grupos.

Dicho todo esto, nos adentramos como aquel Diógenes de quien la leyenda dice que salía por las calles con un candil buscando un hombre; eso sí, salimos en busca de los primeros signos que nos permitan reconocer la presencia de ese grupo con cierta singularidad que la Biblia llama Israel.

¹ Carlos Martínez Shaw, «Fernand Braudel: el cenit de la escuela de los Annales», *Revista de Occidente* 152 (1994) 65-80.

² Me parece muy recomendable la lectura de las primeras páginas (314-321) de Carolina Aznar, «Aportaciones arqueológicas de los últimos diez años al estudio de la monarquía israelita», *Estudios Bíblicos* 63, n.º 3-4 (2006) 283-317.

³ Ianir Milevski, «Patrimonio cultural y diversidad cultural. El caso de la arqueología en Israel/Palestina: Un punto de vista socialista», *Claroscuro* 16 (2017) 1-24.

Capítulo 1

El período del Bronce en el Levante

1. El escenario Bronce en el Levante

La historia de Israel en la antigua Palestina se teje en el marco de los acontecimientos que marcan la vida del Levante a lo largo del todo el Bronce porque no es posible aislar la historia de ese Israel bíblico o del Israel propiamente histórico del imaginario religioso, las prácticas rituales, las dinámicas económicas y políticas de la Palestina antigua y todos sus habitantes.

El territorio del Levante identifica la zona occidental del Oriente Próximo, esa área geográfica que los arqueólogos de matriz bíblica llaman el «Creciente Fértil», el arco geográfico que se extiende desde la Mesopotamia hasta Egipto, recorriendo las costas del Mediterráneo.

De una manera muy general, porque los límites cronológicos son un tanto ambiguos, podemos dividir el período del Bronce en tres grandes momentos: antiguo (*ca.* 3000-2000 a. C.), medio (*ca.* 2000-1600 a. C.) y reciente (*ca.* 1600-1000 a. C.). Los jalones fundamentales que marcan la transición entre cada uno de los períodos son la aparición de la escritura en Babilonia (*ca.* 3000 a. C.), que determina el comienzo de la historia; el inicio de la llamada «edad oscura» (*ca.* 1750-1550 a. C.) en Mesopotamia por la aparición de quienes fueran sus dos grandes protagonistas, la dinastía casita y los hurritas y, finalmente, la crisis internacional en la que se vio envuelto el Levante a finales del s. XII a. C. y en la que la batalla del Delta que enfrentó a Ramsés III y sus ejércitos

con los llamados «pueblos del mar» en 1177 a. C. constituye un momento crucial.

Así que nuestro trabajo comienza dedicando su atención al período del Bronce en esta zona del Oriente Próximo, un tiempo rico y denso en la vida de los habitantes del Mediterráneo oriental, que colapsa de modo estrepitoso para alumbrar un tiempo nuevo en el que numerosas entidades políticas emergen con voz propia. Entre todas ellas, como veremos más adelante, se escucha la voz de un grupo, Israel, que aparece ya citado en las fuentes del período ramésida de Egipto.

Este dato extrabíblico nos permite considerar el Bronce reciente como el término a partir del cual comenzar nuestra investigación sobre los orígenes de Israel. Con todo, trataremos de hacer una aproximación general al período y a quienes fueron sus actores principales durante las distintas fases del mismo para tratar de comprender y explicar mejor la riqueza y la fuerza del período en esta zona del mundo, y para dar razón de todos los acontecimientos que ahí tuvieron lugar.

1.1. El Neolítico en el Oriente Próximo (ca. 12 500-3000), un tiempo precursor

La primera transformación radical de la forma de vida de la humanidad, que pasa de ser nómada a hacerse sedentaria y que evoluciona desde un sistema económico basado en la recolección en otro fundamentado en la producción, tuvo lugar en el Neolítico como respuesta a la crisis climática tras la última glaciación y se produjo de una forma notable y singular en esta región. En efecto,

el Oriente Próximo se vio menos drásticamente afectado por los cambios climáticos producidos al final de la última glaciación, de suerte que las bases ecológicas para la subsistencia no se vieron radicalmente destruidas. Las variedades silvestres de cebada y trigo, así como los antepasados salvajes de ovejas, cabras, vacas, cerdos y camellos, eran naturales de la región. Son estas las especies que lograron ser domesticada¹.

En términos cronológicos, nos estamos refiriendo al proceso que se pone en marcha al final del Paleolítico y que, concretamente en el Levante, encuentra en la cultura natufiense², que se desarrolla en la

franja Siropalestina, el eslabón de transición entre ambos períodos porque desvela signos de una incipiente sedentarización, agricultura y domesticación de animales.

El Neolítico es una evolución tecnológica basada en la capacidad de dar un nuevo (Neo) tratamiento a la transformación de la piedra (*litos*) que pasa de ser tallada, simplemente, a pulirse. Este cambio facilita que la piedra deje de utilizarse solo para golpear y pueda emplearse para raspar, astillar, horadar... Por otra parte, ese mismo desarrollo introduce la posibilidad de emplear otros materiales, cuero, hueso y madera, por ejemplo, para hacer otro tipo de herramientas y para manipular otros materiales como la piel o las fibras naturales.

Se producen así durante este período algunas innovaciones trascendentales: el desarrollo de nuevas técnicas agrícolas facilitará un mayor desarrollo de la agricultura y, con él, la sedentarización y la emergencia de tradiciones artesanales, y estas posibilitarán la el almacenamiento y transporte de los excedentes agrícolas.

1.2. Características generales del Bronce en el Levante

El Bronce es el tiempo de los grandes imperios, «*the club of the great powers*»³: hitita, amorreo, asirio, babilonio y egipcio; tiempo de importantes y grandes civilizaciones que establecieron fluidas comunicaciones e intercambios económicos entre ellas, y que provocaron un importante desarrollo de las rutas viajeras y comerciales.

En el paisaje político se advierte una tendencia cíclica a la expansión/centralización vs. fragmentación. Las ciudades-estado y su territorio local siguieron siendo la piedra angular económico-política de la sociedad durante todo el período, pero en algunas fases cayeron bajo el dominio de una sola ciudad dominante y su familia reinante⁴.

El Bronce es, además, el tiempo en el que el Oriente Próximo vive el período de paz más largo hasta entonces conocido.

Es el tiempo de la diplomacia; el tiempo en el que surge la escritura, y, con ella, en cierto modo, el registro documental de los acontecimientos de la historia. Los distintos imperios y estados mantienen una fluida comunicación, siempre en lengua acadia —la lengua diplomática de la

época—; con una fraseología política estandarizada, siguiendo la costumbre de registrar la documentación en textos bilingües...

El Bronce, también, es un período de urbanización creciente. Surgen las grandes ciudades con planeamiento ortogonal, con grandes murallas defensivas y edificios públicos. Aparecen sociedades más complejas con estructuras sociales diversificadas y divididas.

El Bronce conoce la domesticación de animales y el uso de vacas y toros no solo para la alimentación sino, también, para introducir el arado, lo que favoreció los cultivos y, con ellos, el desarrollo demográfico.

Por último, el Bronce es un tiempo de desarrollo tecnológico importante; el cobre cede su puesto al bronce, la primera aleación de importancia obtenida por el hombre; se desarrolla una cultura material de la guerra más sofisticada, aparecen las primeras espadas y estoques.

La cultura material del Bronce en el Oriente Próximo tiene ya, por todo esto, unas características propias⁵:

- la cerámica comienza a modelarse en el torno y no a mano, por lo que se estiliza en sus formas; además, evoluciona desde la monocromía inicial, hacia la bicromía (rojo y negro) del Bronce medio que, por otra parte, conoce la aparición de decoración de pájaros, peces...;
- las armas, como hemos visto, pasan a ser de bronce; más duras y más resistentes a la corrosión;
- aparecen los sellos y bulas en las firmas de los documentos; muchos de estos documentos tienen la forma de escarabajo propia de la cultura egipcia, que ejerció, como veremos, una importante influencia en el Levante;
- en las ciudades, que crecen en dimensiones y monumentalidad, aparecen las murallas defensivas y rampas, así como edificios más grandes y de utilidad pública;
- se percibe una jerarquía en los asentamientos humanos, desde los campamentos nómadas y asentamientos en aldeas, hasta las

grandes ciudades, que serán ciudades-estado;

- aparece la costumbre de enterrar dentro de las ciudades, generalmente, en el subsuelo de las casas, debajo de los patios.

¿Qué es lo que va explicando este desarrollo de civilización a lo largo del tiempo?

Podría señalarse, en primer lugar, la interacción entre los pueblos que se produce al establecer y consolidar las rutas de comunicación y comercio. Esta mezcla entre grupos se advierte, por ejemplo, en los enterramientos, donde los esqueletos y, sobre todo, los cráneos dan muestra de esa diferenciación; además, la transferencia de técnicas constructivas, como, por ejemplo, la aparición de una puerta con arco en Dan, o los glacia, o la mezcla de cerámicas, o el trabajo de tallado del hueso y la madera...

Si algo permaneció estable a lo largo de todo el período fue el carácter multilingüe y multiétnico de los estados. Coexistían diferentes grupos lingüísticos y distintas etnicidades, tanto en las colonias comerciales como en los grupos étnicos inmigrantes especializados, como los artesanos, los pastores o los guerreros, que, con el tiempo, y en períodos de declive, podían alcanzar una posición dominante o incluso el poder⁶.

Además, hay que notar un proceso de sedentarización en las tierras más bajas y la costa, que culmina en el desarrollo de la vida urbana, y la multiplicación de asentamientos, sobre todo, en la zona de la costa y en el norte, cerca de las vías de conexión con Mesopotamia. Este proceso traerá un crecimiento de población muy notable durante el Bronce medio.

Por último, la transformación de la metalurgia significa un desarrollo tecnológico a todos los niveles.

El hecho de que la Edad del Bronce sea tan especial tiene que ver con la naturaleza de las relaciones centro-periferia que caracterizaron el I y II milenios a. C. Al adoptar la técnica de la metalurgia, los rituales de rango y las innovaciones militares del Mediterráneo oriental, pero no el marco político y económico que los sustentaba, se creó una nueva dinámica social y económica en las sociedades de la Europa templada⁷.

En el estudio de todo este período resulta fundamental que distintas circunstancias hayan permitido conservar grandes archivos

documentales sumamente interesantes para el estudio del período⁸.

El primero, y quizá más importante de todos, es el archivo de Tell El-Amarna⁹, archivo de la capital fundada por Amenofis IV-Akenatón, del que se conservan 382 tabillas escritas en acadio, el idioma diplomático de la época, de las cuales por lo menos 307 son cartas de autoridades de los reinos cananeos (al menos 27 ciudades-estado identificadas) y 47 son comunicaciones del faraón de Egipto a los gobernantes de los grandes imperios del momento.

Además de este archivo de origen egipcio, existen otros tres archivos propios de los reinos del Levante, cuya información merece ser tenida en cuenta.

El más importante de todos es el archivo de Ugarit, que muestra, por un lado, la proyección internacional de sus relaciones comerciales y, por otro, los rasgos más propios de la economía, la política y el culto de esta importante ciudad-estado, que desapareció en la crisis de transición al período del Hierro.

Aunque solo conserva 55 tabillas, el archivo de Idadda, proveniente del palacio real de Qatna, una rica y fértil zona al oeste de Siria, muy bien situada en relación a las rutas comerciales que conectaban el Levante con Mesopotamia y Anatolia, nos da una idea del funcionamiento de la administración del reino, así como de las relaciones con otras regiones de la zona de Siria.

Por último, el archivo de Emar nos informa de las actividades económicas, sociales y comerciales de algunos hogares del reino de Ashata en la ribera occidental del Éufrates.

Además, en la ciudad de Mari, en la ribera occidental del Éufrates, las excavaciones en el palacio del rey Zimri-Lim pusieron al descubierto un archivo con más de 25 000 tablillas cuneiformes que contenían documentos jurídicos, diplomáticos, administrativos e incluso religiosos y literarios. Dicho archivo proporciona una importante información acerca de la administración y la cultura del período babilonio antiguo y, por tanto, de la situación geopolítica y económica de la Mesopotamia del Bronce medio.